

Bajos un Estado neutral cuya soberanía tendría el emperador, pero del cual serían ellos los verdaderos dueños merced á la ocupación de las plazas fuertes, y el emperador quería entrar en posesión pura y simplemente de los mismos, teniendo en cuenta que las plazas antiguamente españolas, una vez defendidas por sus guarniciones, serían la mejor barrera para las Provincias Unidas. Para solventar estas diferencias fué menester inaugurar en Amberes, en octubre de 1714, conferencias que fueron laboriosas y duraron más de un año.

El día 15 de noviembre de 1715 se firmó el tratado, muy favorable para los Estados Generales: el emperador les cedía, en la Güeldres, Venloo, Saint-Michel y Stevenswerth, y en las fronteras de Flandes una faja de tierra; en Termonde se instalaría una guarnición mixta y las plazas de Furnes, La Knocke, Yprés, Warneton, Menin, Tournai y Namur serían ocupadas por soldados holandeses, á cuyo sostenimiento contribuiría con un subsidio anual de un millón doscientos mil florines; y las relaciones comerciales de Inglaterra y Holanda con los Países Bajos belgas continuarían sujetas á las disposiciones del tratado de Múnster, es decir, que el Escalda permanecería cerrado y el emperador no podría modificar las tarifas vigentes sin el consentimiento de las potencias marítimas (1). En 5 de febrero de 1716, los Estados Generales hicieron entrega de los Países Bajos al emperador.

En España, Cataluña se defendió todavía algún tiempo después de los tratados de Utrecht y de Rastadt. Las tropas alemanas, al evacuar las plazas, habíánlas entregado, no á las tropas reales, sino á los catalanes, quienes en 29 de julio de 1713 declararon á un emisario del rey que no abrirían las puertas de aquéllas á los soldados de éste. Barcelona se defendió mientras se vió apoyada en su resistencia por la escuadra holandesa; pero Felipe V, después de firmar en junio de 1714 el tratado con Holanda, recibió refuerzos de Luis XIV, y aquella ciudad, sitiada por Berwick y bloqueada por una flota franco-española, capituló en 12 de septiembre después de una resistencia desesperada. Felipe V, luego que hubo sometido á las Baleares, en julio de 1715, hallóse en posesión de los Estados y territorios que le habían dejado los tratados.

IV. — Europa en 1715

Grandes cambios hanse operado en Europa desde 1661 (2).

La casa de Habsburgo, que desde el siglo XVI reinaba en España, en Austria y en sus dependencias y que, por la unión de sus dos ramas constituía una especie de coalición permanente, ha perdido España, que ha ido á parar á manos de un segundón de la casa de Borbón.

El Habsburgo de Viena, que ha sido un adversario

E Hubert, *Les garnisons de la Barrière dans les Pays-Bas autrichiens* (1715-1782), Memorias premiadas y memorias de sabios extranjeros publicadas por la Academia real de ciencias, de letras y de bellas artes de Bélgica, Bruselas, 1902.

(1) Estas condiciones produjeron general indignación en los Países Bajos austriacos, y el convenio de La Haya (22 de diciembre de 1718) sólo introdujo en ellas algunas modificaciones favorables á los belgas. Véase Huisman, *La Belgique commerciale sous l'Empereur Charles VI. La compagnie d'Ostende*, 1902, pág. 124.

(2) Véanse pág. 255 y siguientes.

torpe y desgraciado de Luis XIV, ha recibido, sin embargo, de la sucesión de España los Países Bajos, el Milanesado, los presidios de Toscana, Cerdeña y el reino de Nápoles. En el Este, ha vencido á sus eternos enemigos, rechazando la invasión otomana, en 1664, en el combate del San Gotardo y, en 1683, junto á las murallas de Viena y recuperando Buda en 1686, y aunque los turcos reanudan las hostilidades mientras Leopoldo está ocupado en la guerra de la Liga de Augsburgo, son atacados y de tal manera vencidos por el príncipe Eugenio, que en 1669 abandonan al emperador Hungría y la Transilvania. Las sublevaciones de Hungría y su complicidad con Luis XIV han sido terriblemente castigadas; Hungría, después de una última insurrección durante la guerra de sucesión de España, es sometida y los húngaros renuncian al derecho que pretendían de elegir rey y de sublevarse para defender su constitución. A Leopoldo ha sucedido José, y su gobierno más benigno y su promesa de respetar las leyes del país han calmado los espíritus, quedando desde entonces Hungría verdaderamente unida á Austria.

De suerte que el poder austriaco se ha fortalecido de un modo considerable en Oriente, y diríase que Austria, volviendo á la misión originaria de la «marca austriaca», que era resistir en el Este y ensanchar en la región del Danubio las fronteras del Sacro Imperio, se abre una nueva carrera. Pero el Habsburgo de Viena sigue siendo emperador y como tal se halla mezclado en la antigua política de Europa. Su porción hereditaria de España será para él causa de toda clase de dificultades; el Borbón que reina en Madrid la codicia en todo ó en parte; en Italia, el emperador tendrá que habérselas con el duque de Saboya cuya ambición hállase estimulada por la adquisición del título de rey; y en los Países Bajos ha de tolerar la presencia de tropas holandesas en las plazas de barrera y soportar una especie de protectorado comercial de las potencias marítimas. La anexión de nuevos territorios de idioma y espíritu diferentes aumenta la complejidad del dominio de los Habsburgo. El gobierno de Viena se ha mantenido, tal como era en el siglo XVII, polisínódico, formalista, lento y sin vigor.

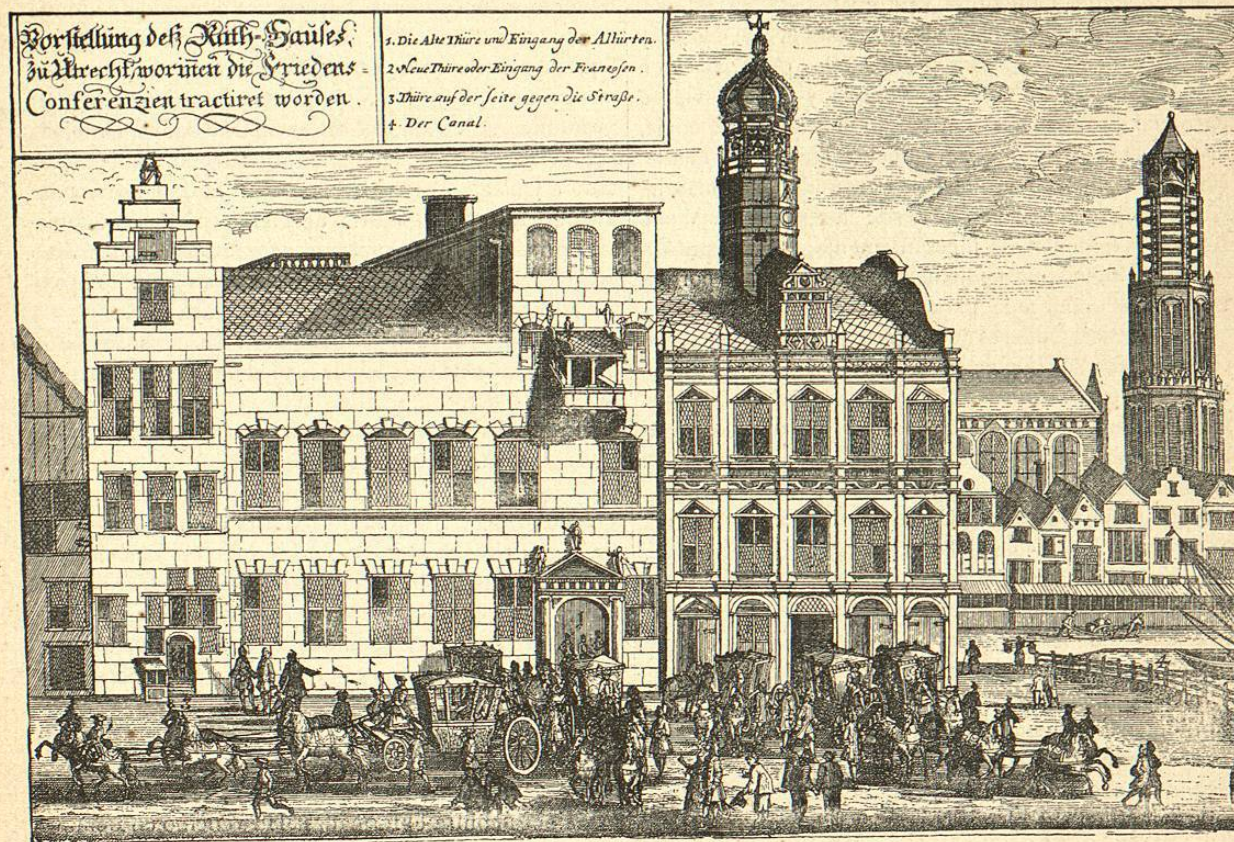
En cuanto á España, la pérdida de los anexos de los Países Bajos y de Italia podía ser útil á la monarquía, porque le permitía concentrar sus esfuerzos en la península y en el imperio colonial. La sacudida que en la nación produjeran diez años de luchas entre los dos rivales, Borbón y Habsburgo, parecía haberla despertado de su letargo; administradores franceses habían comenzado la implantación de reformas y cabía esperar un renacimiento del «gran cuerpo español.» Pero el rey de España, Felipe V, á la muerte de la reina María Luisa de Saboya, se ha casado con la parmesana Isabel de Farnesio, mujer de tan escasa fortuna como de gran ambición, que querrá coronas para sus hijos, y esas coronas será menester buscarlas en Italia, en detrimento del emperador. Por lo demás, Felipe V no ha aceptado la condición que las actas de 1714 le han impuesto, y á pesar de las exhortaciones de Luis XIV y de las súplicas de Inglaterra, y á pesar de haberle ofrecido el papa su mediación, no ha querido entrar en tratos con el emperador; han cesado las hostilidades entre los dos rivales, pero éstos hállanse virtualmente en estado de

guerra. Felipe, por otra parte, siente añoranza de Versailles; no ha renunciado sinceramente á sus derechos de heredero eventual de la corona de Francia y piensa hacerse elegir regente á la muerte de Luis XIV, que todo el mundo cree próxima. De suerte que por la ambición de Felipe V y de su esposa, la paz de Europa está amenazada.

Alemania é Italia continúan siendo regiones indefinidas, anárquicas, de destino incierto.

rá en su política de ofrecer su alianza al mejor postor.

En Alemania ha habido, por un momento, una casi unanimidad contra Francia y la política de Luis XIV ha provocado manifestaciones de patriotismo alemán; pero el imperio no ha conseguido recuperar los territorios conquistados por Francia en los siglos XVI y XVII; el Rhin subsistió como frontera entre los dos países, y los esfuerzos realizados en común, el perpetuo estado de guerra, en el Oeste contra Francia y en el Este con-



Las Casas Consistoriales de Utrecht al firmarse la paz de 1713. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época.

En Italia prosigue la decadencia de los *Stati liberi*: Cosme III, gran duque de Toscana, «beato y disoluto,» se entrega á los curas y á los frailes; Venecia ha perdido Candía y pierde, en 1715, la Morea que conquistara á los turcos en 1686; Génova ha comprado al emperador el marquesado de Finale; los Estados antes sometidos á España han pasado á la dominación austriaca, y ningún sentimiento nacional se despierta en la península, que será, en el siglo XVIII, una especie de «país de colocación para príncipes disponibles.» Sin embargo, el duque de Saboya, que ha sabido ganar algo, por poco que haya sido, después de cada guerra, gracias á su proceder tradicional de intervenir en todos los asuntos y de poner precio á su alianza, ha recibido en los últimos tratados el título de rey de Sicilia, reino que en 1720 trocará por la Cerdeña; ingresado en la «cofradía de los soberanos,» es la única Majestad entre los *Stati liberi* italianos, y esta situación le coloca por encima de sus iguales. Su ambición, que jamás se vió saciada, ya no mira hacia Francia, al Delfinado y á Provenza, que tantas veces ha invadido, sino que se fija en el Milanesado y en Toscana; y en el siglo XVIII persevera-

tra Turquía, no han persuadido á los «Estados» del imperio de la necesidad de estrechar los vínculos de su confederación. El imperio carece de ejércitos y de dinero y sus principales príncipes sólo se ocupan de sus intereses particulares. El elector de Baviera permanece fiel á Luis XIV y los tratados le han devuelto los Estados de que había sido desposeído. Tres electores han pasado á ser reyes: rey de Inglaterra, en 1714, Jorge de Hannover, hijo de Ernesto Augusto, en cuyo favor creó Leopoldo I en 1662 un nuevo título electoral para recompensarle por la ayuda que le prestara contra Francia; rey de Polonia el elector de Sajonia, Augusto, elegido en 1696 á la muerte de Juan Sobieski; y rey de Prusia el elector Federico de Brandeburgo. Y estos monarcas, sin dejar de ser, por sus territorios alemanes, miembros del imperio, son al mismo tiempo personajes europeos autónomos. El menos eminente de los tres es el rey de Prusia; la Prusia propiamente dicha, país mediocre situado al Este del bajo Vístula, es, en efecto, muy poca cosa comparada con Inglaterra y hasta con Polonia; pero á esa misma mediocridad debe el monarca prusiano el haberse conservado más alemán que sus

dos colegas en realeza. Y el gran elector Federico Guillermo ha creado ya tradiciones en el Estado renano-brandeburgués-prusiano (1), cuyo porvenir ha vislumbrado. Después de Federico I, que fué un personaje pomposo, enamorado de su nueva dignidad, Federico Guillermo I, rey en 1713 y á quien se denominará «el rey sargento.» dedícase á preparar el tesoro y el ejército de Federico II.

Mientras duró la guerra de sucesión de España y durante algunos años más, otra guerra, de graves consecuencias, puso en pugna á los Estados del Norte y del Este. Los tres aliados tradicionales de Francia en aquellas regiones, Turquía, Polonia y Suecia, vieron menguar su importancia, y surgió una nueva potencia, Rusia. Turquía, momentáneamente animada á mediados del siglo XVII y que había reanudado su marcha hacia el centro de Europa, desde la derrota de Viena ha ido retrocediendo incesantemente; y en cuanto á Polonia y Suecia, eran potencias facticias, aquélla porque no estaba organizada para la paz ni para la guerra y porque carecía de leyes y de ejército, y ésta porque no tenía fuerzas suficientes para conservar el imperio del Báltico que por diversas circunstancias había conquistado. Contra esas potencias facticias han obrado y van á obrar cada vez más eficazmente otras potencias reales: el reino de Prusia, Austria fortalecida en el Este y Rusia que empuja hacia el Oeste sueco y polaco y hacia el Sur otomano, hacia el Báltico y hacia el mar Negro. En los últimos años del siglo XVII, Pedro el Grande ha tomado Azof á los turcos y al mismo tiempo, en 1696, á la muerte de Sobieski, ha apoyado contra el príncipe de Conti, candidato á la corona de Polonia, á Augusto II, elector de Sajonia, que fué proclamado rey; quedando, por consiguiente, aquel país substraído á la influencia francesa. En 1700, Pedro se alía con el rey de Polonia y el de Dinamarca contra Suecia; pero entonces interponese en sus planes la epopeya de Carlos XII, el héroe de diez y ocho años que derrota al tsar, y al rey de Dinamarca, penetra en Polonia, la conquista y reemplaza á Augusto de Sajonia por Estanislao Lecinski. En 1707, desde el campamento de Alt-Rastadt, en donde ha dictado la paz á Augusto, puede, si quiere, ser el árbitro de la Europa occidental, y las potencias coligadas contra Francia temen que ataque á Prusia y á Austria; pero Carlos XII no hace política y si la guerra por su conveniencia. No mira hacia el Rin, sino hacia Moscou y aun más allá, hacia Oriente, pues quiere ser un Alejandro. Pero destruído su ejército en Pultava, en 1709, ya no es más que un aventurero que se refugia entre los turcos quienes le retienen largo tiempo en su poder. A la muerte de Luis XIV, en 1715, defiende la Pomerania contra todos sus enemigos; pero Suecia está enteramente vencida y sus derrotas van á ser consagradas por los tratados. Por otra parte, Augusto de Sajonia ha sido reinstalado en el trono polaco.

La acción de Francia hállase casi anulada en Turquía, en Suecia y en Polonia: durante la guerra de sucesión, ningún auxilio ha recibido de los turcos, y en Constantinopla goza de más consideración el embajador de Inglaterra que su rival francés; á Polonia la vigilan y

(1) Véanse págs. 10, 34, 35 y 258.

oprimen Austria, Prusia y Turquía; y en cuanto á Suecia, Luis XIV intenta con rutinaria persistencia volverla á las viejas costumbres de alianza, pero es en vano, y uno de los últimos actos que cerca de ella realiza, el tratado de subsidios de abril de 1715, no ha de servir para nada. Respecto de Rusia, hállase el monarca francés sumamente perplejo; ha empezado por creer que aquella nación se consideraría sobradamente dichosa con lograr «el honor de su alianza» y servir á Francia molestando á Austria y hasta le ha indicado, en los comienzos de la guerra de sucesión el punto en donde convendría obrar. Y en los momentos más críticos de aquella guerra, en 1710, desesperanzado de vencer la obstinación de Carlos XII, manifiestamente metido en aventuras, se da cuenta de que sería conveniente, de igual modo que Richelieu, en otro tiempo, había apartado á Gustavo Adolfo de la conquista de Livonia para abatir á la casa de Austria, apartar al tsar de la conquista de las mismas provincias para utilizarlo al mismo objeto.» Pero el tsar sentíase con fuerzas bastantes para ser algo más que un factor de la política francesa. La entrada en escena de la potencia rusa constituye una de las grandes novedades de la política en los comienzos del siglo XVIII.

Otra novedad es el comienzo de la supremacía naval de Inglaterra.

A mediados del siglo XVII había tres grandes potencias marítimas, Inglaterra, Holanda y Francia; pero en 1715 el poder marítimo francés está en decadencia. Holanda había debido á consecuencias históricas una gran fortuna que no guardaba proporción con sus fuerzas reales (2). Amenazada á la vez por mar por la competencia inglesa y por tierra por Francia, insegura entre estos dos peligros, pero especialmente hostigada por Francia que quiere conquistar los Países Bajos españoles, y tratada cruelmente en 1672, ha llegado á ser el principal adversario de Luis XIV y el alma de las coaliciones contra él formadas. Ha vencido en definitiva, pero se ha visto atada á Inglaterra por una especie de unión personal desde que su estatúder hizo la revolución de 1688, y luego ha permanecido en una especie de dependencia respecto de su poderosa allada. Además, es víctima de los defectos de su constitución que no le permite concentrar y dirigir sus fuerzas. Desalojada de los primeros puestos, no tardará en decirse que es tan sólo una chalupa remolcada por la nave de Inglaterra.

Inglaterra ha logrado que España no estuviera unida á Francia ni á Austria, aislándola, por decirlo así, á ella y á su imperio colonial; se ha apoderado, en el Mediterráneo, de Gibraltar y de Puerto Mahón; el privilegio de la introducción de los negros y del buque de licencia le han abierto las colonias españolas, y ha subordinado Portugal logrando con ello acceso al comercio del Brasil. Por otra parte, ha arruinado Dunkerque cuya competencia la perjudicaba; la adquisición de Terranova y de la Acadia es una amenaza para la colonia francesa del Canadá, y sus colonias de la América del Norte han aumentado en número y en fuerza. Los futuros Estados Unidos son provincias de la corona real ó dominios privados, y aunque en los dos países son distintas

(2) Véanse págs. 269 y siguientes.

la vida social, la vida económica y la vida religiosa, la comunidad de origen, y la necesidad de la lucha contra los indios, y, por un momento, contra Holanda primero y después y sobre todo contra los franceses, los aproximan, constituyéndose de este modo una gran fuerza inglesa en la América del Norte. Inglaterra, que sin abandonar sus intereses propios ha dirigido la política general, es la mayor potencia del mundo, y adicta al protestantismo y en posesión de libertades públicas, vive conforme á sus instintos y á sus voluntades.

Francia había atravesado una crisis terrible durante los primeros años del siglo XVIII; pero su energía, las faltas de sus adversarios y la política de Inglaterra la habían salvado. A las conquistas realizadas por Enrique II y Luis XIII en las fronteras del Norte, del Mediodía y del Este, es decir, los Tres Obispos, el Artois, Alsacia y el Rosellón, había añadido Luis XIV una parte de Flandes, Estrasburgo y el Franco-Condado; y el hecho de que un Borbón reemplazara á un Habsburgo en Madrid daba un carácter de triunfo al final del reinado. Pero los acontecimientos iban á demostrar que el rey francés de España no sería necesariamente el aliado del reino de Francia. Además, cualquiera que compare la situación de la nación francesa en el mundo en 1661 y en 1715, echará de ver que su importancia ha menguado. En 1661 Francia era árbitra de la paz y de la guerra: «La paz con mis vecinos, decía Luis XIV, estaba asegurada probablemente por todo el tiempo que yo quisiese;» lo que no sucedía ya en 1715.

Esa disminución no es imputable únicamente á la política de Luis XIV, pues no estaba en manos de éste suspender la vida general, contener las decadencias, impedir el nacimiento de los Estados y contrariar los destinos.

El decaimiento de Turquía y de Polonia, la brusca

decadencia de Suecia, la reacción del pueblo inglés contra el accidente de una dinastía que para el logro de sus intenciones vendía á un príncipe extranjero su política y su honor, eran cosas inevitables. Era asimismo cierto que el esfuerzo de Francia para ensanchar sus fronteras habría encontrado resistencias, cualquiera que hubiese sido el método político del rey. Pero de todas maneras ese método fué malo: Luis XIV quiso á la vez adquirir territorios considerados complemento natural del reino; humillar á todo el que pretendiera sobrepujarle ó igualarle; dominar y manejar sin miramiento alguno á los que estaban por debajo de él, aunque fuesen sus fieles aliados; asombrar al mundo con su gloria, á la que llamaba «objeto principal de sus acciones,» y servir á los intereses de su Iglesia y de su fe. El esplendor de su orgullo perjudicó desde sus primeros días su política, porque Europa comprendió que sobre ella pendía la amenaza de verse sometida á un amo; y la preocupación confesional le estorbó en sus alianzas y fué una de las causas de la guerra contra Holanda, de su adhesión á los Estuardos y de la falta que cometió reconociendo como rey de Inglaterra al hijo de Jacobo II. Por todas estas razones y también porque aquel conquistador no tenía el alma de un soldado, no supo sacar todo el partido que habría podido de la superioridad de sus fuerzas en los comienzos de su gobierno, ni de las circunstancias favorables en que se halló, es decir, del debilitamiento de los Habsburgo, de la subordinación de Inglaterra y de la gran consideración de que gozaba Francia cerca de sus aliados de Alemania, Italia y Suecia. Varios contemporáneos, perfectamente situados para apreciar bien las cosas, le han censurado por no haber sabido conquistar los Países Bajos españoles cuando podía hacerlo. Y además es un hecho grave en la historia de Francia el de que Luis XIV no le diera en el imperio de los mares el puesto á que seguramente podía aspirar en aquel entonces.